

## Lecciones para una liebre muerta

1

En uno de los escritos del *cuadernillo de las cosas difíciles de explicar*, el poeta ciego habla de cierto suceso ocurrido en una institución conocida como la ciudadela final. Ese edificio ubicado en las afueras, donde internan forzosamente a las personas afectadas por enfermedades transmisibles, fue creado con el fin de evitar que el contagio se difundiera entre el resto de los habitantes. El escrito menciona una sociedad en la que los pobladores, por razones bastante complicadas que tienen que ver principalmente con cierto perfil de carácter político, aceptan de buena gana la reclusión y rechazan, a veces con manifestaciones algo violentas, el libre albedrío. Algunos ciudadanos, especialmente los llamados universales, incluso piden ser confinados de manera perpetua a pesar de no padecer enfermedad alguna. Lo hacen porque, en líneas generales, las condiciones de vida dentro de la institución son menos duras que en el exterior, pues para acallar las posibles protestas que un método de reclusión así suscitaría se dotó a los internados de ventajas con las que no cuentan las personas sanas. Muchos internos son jóvenes adictos a las drogas, pese a que en la ciudadela final está totalmente prohibido el consumo de estupefacientes.

2

Casi todos han oído hablar de la puntualidad del servicio de ferrocarriles de los estados unidos. Todos menos el amigo de la infancia que se ofreció generosamente a acompañarme esa mañana a penn station, donde supuestamente debía tomar un tren que había partido media hora antes. Yo debía llegar a la residencia de escritores de ledig house, ubicada en el valle de río hudson, a casi tres horas de la ciudad de nueva york. Meses atrás había recibido una notificación donde se me invitaba a disfrutar durante un tiempo de los servicios que ofrecía la casa. En medio de una quietud casi total, la institución aportaba todo lo necesario para que sus huéspedes trataran de hacer literatura con la menor interferencia posible. Acepté de inmediato. Envié un correo electrónico pidiendo el tiempo máximo de permanencia que tuviesen contemplado. Lo hice olvidando, por supuesto, las fallidas e innumerables oportunidades en que había tratado de encontrar un lugar propicio para escribir sin ser molestado. Traté de no recordar, por ejemplo, las esporádicas huidas de la casa paterna. Hastiado de los ruidos domésticos, en cierta ocasión me puse de acuerdo con una tía soltera que vivía sola para que me rentara en las tardes una especie de estudio que tenía desocupado. Por supuesto que no aceptó el dinero que le ofrecí. La primera vez que me hice presente, con mis manuscritos y una vieja máquina de escribir underwood portátil que había pertenecido a mi abuelo, la tía me esperaba con la comida servida. Fue en vano tratar de explicarle que no tenía hambre, que lo único que necesitaba era sentarme a escribir. Tuve no sólo que comer nuevamente sino que pasé la tarde escuchando una serie de historias que versaban, casi todas, sobre las señoras que se reunían en la parroquia de la zona para hacer obras de caridad. Si bien hubiese podido aprovechar la situación y recolectar algo de material para narraciones futuras, en ese momento lo único que deseaba era un espacio de silencio donde poder concentrarme.

3

El traductor se sienta en su mesa de trabajo. Acaba de recibir una llamada de su país de origen anunciando que la hermana literata, que lo crió desde que era niño, acaba de morir. Hubiera querido olvidar el trabajo pendiente y salir al malecón a caminar el resto de la tarde. Pero debía mantenerse cerca de su mesa. Aquel era el año en que franz

kafka quedaba libre de los editores que habían monopolizado su obra. Kafka se convertía en patrimonio de la humanidad. Del mismo modo como beethoven y vivaldi servían para anuncios de publicidad, así también kafka iba a estar al alcance de cualquiera. El traductor había recibido el encargo de hacer la primera traducción liberada del escritor. Algo similar le había sucedido algunos años atrás con thomas mann, cuando los traductores oficiales de *muerte en venecia* perdieron sus derechos y la editorial para la que trabajaba le pidió una traducción inédita de ese autor.

4

Los atardeceres en times square tienen una exaltación particular, que no se sabe bien si proviene de los cientos de personas que cruzan la esquina de broadway y la calle 42, o de los monstruosos avisos de publicidad que hacen de la gente real seres insignificantes y de los personajes que aparecen en los carteles el símbolo de la exacerbación de lo humano. Casi nunca las personas elegidas para que vean representadas sus imágenes, en una dimensión casi cien veces mayor que la real, son cotizados supermodelos. Sencillamente se trata de gente que aparece tal como es en la vida diaria, quizá como una reafirmación de que los paraísos ofrecidos están al alcance de cualquiera.

5

Cierta mañana de verano me encontré de pie junto a mi abuelo. Estábamos en el zoológico. Delante nuestro había una serie de camellos. Eran ejemplares viejos. Tristes. Aburridos quizá. Tenían el típico color cenizo que esos animales suelen mostrar. Mi abuelo me sujetaba fuertemente de la mano. Nunca más volví a verlo. Quizá murió al poco tiempo. Pero yo en ese entonces no me enteré de nada. Dejé de tenerlo a mi lado y en algún punto la ausencia se convirtió en una costumbre. Mi historia con él reapareció años después. Durante una sesión en la que estaba sumergido en otro plano de la realidad —había hecho uso de algunas drogas— vi de nuevo a mi abuelo enfrente de aquellos camellos. No sólo aprecié la escena sino que sentí también, en toda su rudeza, la carga emocional que su muerte trajo consigo. Caí en una tristeza profunda. Empecé a recordar la historias que contaba. Principalmente la de macaca: mujer a la que mi abuelo, lo advertí en ese momento, aludía con frecuencia. Junto a la imagen del abuelo y la historia de macaca aparecieron también una serie de palabras dichas en otro idioma, el quechua, lengua de mis antepasados.

6

En realidad el poeta ciego explica en el *cuadernillo de las cosas difíciles de explicar* cómo se produce el tráfico de sangre infectada en la ciudadela final. A cambio de remesas de anfetaminas que deben entregarse a través de los rombos de las alambradas, reciben esa sangre quienes desean tener un motivo para ser ingresados en la institución. Durante la noche de verano a la cual se refiere el poeta ciego en su famoso cuadernillo, un miembro de la banda de los universales se acerca a la ciudadela acompañado de uno de sus más viejos perros de pelea.

7

Al decidirme a enviar el correo electrónico con mi aceptación a ledig house, traté de no acordarme tampoco de la vez en que para escribir decidí apartarme definitivamente de la ciudad, para lo cual renté una cabaña al lado de la casa donde un amigo austríaco vivía con su familia. La cabaña estaba ubicada en uno de los lugares más interesantes de las afueras. Llegué con dos máquinas de escribir. Con la underwood heredada del abuelo y con una olympia de fierro macizo conseguida en cuba gracias a la amabilidad

de una amiga poeta, quien renunció a mi favor a su asignación quinquenal de máquinas de escribir. Saludé al amigo que me rentaba la cabaña, a su esposa y a los hijos del primer matrimonio de la mujer. También al pequeño niño que tenían juntos. Todo parecía ideal. La vista desde la cabaña casi no tenía límites. A un extremo se extendía la terraza que daba a la casa del austríaco y a la piscina alimentada con agua de manantial. Llegué un domingo soleado. Luego de instalarme comí con mis anfitriones. Al atardecer comenzó el primer drama. La esposa debía partir esa tarde pues al día siguiente trabajaba en la ciudad. El resto de la familia se quedaría en el campo. No volverían a ver a la madre sino hasta el próximo fin de semana. La madre y los niños comenzaron a llorar. No querían separarse. Culpaban al austríaco, que obligaba a trabajar a la mujer en lugar de permitirle quedarse con la familia. Los hijos lo acusaban además de golpearlos apenas la madre los dejaba solos. En esos momentos el austríaco solía tomar una pequeña caja donde guardaba sus adminículos para fumar la marihuana que él mismo cosechaba. Luego de prepararse unos cigarros cargaba a su hijo menor y se iba con rumbo a la colina que se levantaba detrás de la casa. La escena terminaba con los esposos alejándose en direcciones opuestas.

8

Cuando el traductor se enfrentó al texto original de thomas mann, constató que sus antecesores habían omitido párrafos enteros. Desde entonces se jactaba de que previamente a su trabajo nadie había leído nunca la verdadera versión de *muerte en venecia*. Pero ahora, antes de pensar en la importancia de su propia obra le debería preocupar que la hermana literata estaba muerta. La misma hermana que lo sacó de la húmeda ciudad en la que había nacido y lo subió a un barco. La que desde muy temprano supo de su capacidad particular para traducir textos de lenguas que no conocía.

9

De pie en la esquina de broadway y la calle 42, obstruyendo con mi cuerpo un devenir de personas tantas veces calculado en distintas oficinas de publicidad, se me ocurrió pensar, no tengo idea de por qué, aunque quizá se debió a que llevaba conmigo un ejemplar de *tríptico de carnaval*, en los recursos que suele utilizar el escritor sergio pitol para construir sus personajes, basándose casi siempre en prototipos cotidianos que en la vida diaria incluso rehuiríamos con sólo conocer un mínimo porcentaje de sus características.

10

Nunca he comentado el trance de percepción tan particular que me produjo escuchar a mi abuelo hablar en quechua. Tampoco cuento con nadie a quien actualmente le pueda consultar la relación que puede existir entre su figura en el zoológico y la historia de macaca. ¿Se trata sólo de un cuento que mi abuelo solía relatar y quedó escondido en algún recodo de mi cerebro? Aunque, tal vez, la historia de macaca sucedió en realidad y, pertenecía, en la época en que mi abuelo me llevaba al zoológico a una suerte de imaginario social.

11

El poeta ciego denomina banda de los universales a los grupos de jóvenes que, principalmente en las ciudades industrializadas, el sistema relega a los suburbios. El universal que aparece en el *cuadernillo de las cosas difíciles de explicar* una vez que está delante de los rombos de la alambrada se quita la camisa, las botas militares y el

estrechísimo pantalón amarillo que lleva puesto. El pálido cuerpo queda desnudo bajo la luz de una luna que ilumina el campo desierto. Lo único que conserva son unas muñequeras de las que sobresalen afiladas puntas de acero. De pronto, el perro que lo acompaña comienza a gruñir levemente. Lo hace señalando con el hocico el interior de la ciudadela final. Sólo tiene un ojo. En el lomo luce una serie de tajos ocasionados seguramente en alguno de los tantos enfrentamientos a los que ha sido sometido. El animal está inquieto, percibe la cercanía de gente por el otro lado de la alambrada. Aparecen efectivamente tres jóvenes internos de edades parecidas a las del universal. Como todos los reclusos están vestidos con un overol azul oscuro en el que está cosida la insignia de la institución. Le preguntan al universal si ha llevado las drogas. Dicen además que no era necesario quitarse las ropas por completo. El universal no contesta. Le da al perro la orden de calmarse y entrega luego una serie de frascos. Ofrece inmediatamente la vena del brazo derecho, para lo cual acerca aún más su cuerpo a la alambrada. Uno de los reclusos saca del bolsillo una jeringa con una sustancia oscura. Es entonces cuando, a través de los rombos, el universal recibe la sangre infectada sin hacer ningún gesto. Los reclusos desaparecen poco después. Antes le aseguran al universal que no cabe posibilidad de error. Han mezclado la sangre de los tres. El perro da un brinco. Quiere perseguirlos. Emite un par de gemidos antes de callar nuevamente. El universal mira la huella que la aguja ha dejado en su brazo. Después de repasar los dedos sobre el punto escogido, espanta al perro y se viste con lentitud. Se demora al ponerse las botas. Recoge luego la jeringa abandonada en el suelo y, con un movimiento brusco, la arroja al otro lado.